

LOS médicos y religiosos de Alcázar, cuyo recuerdo se ha tratado de abocetar en el curso de esta obra, tuvieron vidas muy parecidas, debiendo destacarse que su semejanza aumenta en razón directa de la autenticidad o pureza alcazareña de los más característicos.

Tal vez no sea menester señalar la humildad de cuna que les es común a todos ellos, porque las profesiones lo atestiguan suficientemente ya que eran las dos únicas salidas, dentro de la pobreza, que se ofrecían a la más desbordada ambición lugareña, siempre sujeta a la necesidad de ganar el pan de cada día y de que el muchacho pudiera sostenerse por sí mismo cuanto antes. La sencillez y brevedad de los estudios y la seguridad de que la necesidad de comer,—no tan prosaica como se decía antes,—podría satisfacerse inmediatamente, hizo que los estudiantes sin dinero se inclinaran con preferencia a la carrera eclesiástica o a la de medicina, cuyos primeros pasos no eran nada seductores, sobre todo en la de medicina, que se tomaban como prueba de que les iba a gustar o de que tenían estómago. Era común la apreciación y la conformidad con el carácter subalterno de la cura de almas y del arte de curar, no obstante lo cual fué manifiesta, en el curso de la vida, la sobreestimación que le dieron los propios interesados, cosa también disculpable y natural dado su origen humilde.

Los médicos aquellos vivieron casi todos como monjes, sin excluir en varios el matiz del celibato y los religiosos fueron caracteres tan abiertos que pasaron como si no hubieran salido del seno de la vida familiar, los físicos y los psíquicos hicieron muy buenas migas y comieron muchas gachas juntos.

Todos recibieron de Alcázar el estímulo más entusiasta al principio de su vida, y creo que ninguno,—Castilla hace sus hombres y los desface,—dejó de sentir el contraste entre el halago de la estimación y la tristeza del abandono a medida que iban adquiriendo respetabilidad. En algún caso resultó tan hiriente y tan injusta la desconsideración, que el interesado prefirió el aislamiento, dejando sus ocupaciones antes y con antes por no cometer un hecho punible, pero todos se inclinaron a la soledad, al fin.

Siempre el pueblo, que no obra a humo de pajas, tiene su agudeza penetrante.

En una ocasión, un alcazareño típico, tuvo que buscar médico para un hijo que se había casado. Me lo consultó. Tenía simpatía por el médico más popular que ha tenido Alcázar, que era médico suyo. Apoyé su indicación y me contestó que no se lo quería decir, porque tenía mucho y el riñón cubierto, cosa harto incierta en aquellos momentos, y no se iba a molestar si lo necesitaba para una apretura; que era mejor uno que tuviera más gana, aunque estuviera en agraz. Y así lo hizo.

La trayectoria de estos antecesores evidencia cual puede ser la vida del médico y cuales sus normas más convenientes o únicas posibles que corren parejas con las del cura de almas y que necesitan formación singular que no se adquiere más que con el tiempo.

Reconozcamos que ambos tienen obligaciones difíciles de cumplir y poco gratas para el que las recibe, aceptadas con temor siempre. El ambiente que engendran a su alrededor lo justifica plenamente: el hospital, la clínica; el confesionario, la sacristía, antesalas del cementerio: dolor, tristeza, soledad; sonidos de oquedad y seres familiarizados